

Capítulo único sobre las posturas de Santa y las imposturas de Gamboa

por Fernando Curiel



PLACA MAS O MENOS VISIBLE:
FEDERICO GAMBOA QUIEN CON UN
NOTABLE Y ALTO
INGENIO
DIO VIDA EN
SANTA
FUNDIENDOLAS
A LA POESIA DE CHIMALISTAC
Y A LAS MISERIAS DE LA GRAN CIUDAD

CHIMALISTAC: DONDE SANTA E HIPO HACEN
(AL MENOS) ESQUINA

UNICO

Pese a su médula hipócrita y dizque naturalista, Santa aspira a contar la crónica de un cuerpo, de una sexualidad. Tocaba a su fin el siglo XIX. El porfirismo, ya estilo, retórica, tenía para rato. Don Federico Gamboa (1864-1939) cumplía arduas misiones diplomáticas ante los gobiernos de Centroamérica. Los sombreros de las mujeres semejaban nidos de pájaros disecados, tiestos de flores de trapo. Estaba por concluirse el edificio del Centro Marcantil y bullían el *Café de París*, *La Imperial*, el *Tivoli Central*, el *Palais Longchamps*, la *Maison Dorée*, el *Teatro Arbeu*. Tengo para mí que Santa es imaginada voluptuosamente por Gamboa: el autor, no Hipólito, simple coartada, es quien acecha desde ardientes sombras (quien corrompe y pierde a Santa). Deseo recapitular las malas artes de que se vale para desplazar el sexo, los sexos, en aras de un clímax moral donde el ciego y la pecadora, San Hipo y Santísima Puta, alcanzan la Gracia (justo a tiempo: horas más tarde ella muere en la mesa de operaciones del Hospital Béistegui mientras se le practica una histerectomía). Deseo restituir el antagonismo de la novela, la suplantación de un texto, si no porno, sí gráfico, por otro, escandalizado y edificante. Artimaña refrendada, a la hora de la lectura, por el vastísimo público del "documento humano" escrito entre Guatemala y México y editado en Barcelona, por *Araluce*, en 1903 (la última reedición de *Santa*, 15,625 ejemplares consumidos en pocas semanas, data de 1976). Sobra decir que en la tarea de redimir a la zagala metida a ninfómana, el cine juega un papel principalísimo. La ciudad ha borrado, o mudado, los lugares donde Gamboa sitúa la acción, morosa, verbosa, avergonzada, de la novela. Chimalistac no es más una égloga a un tiro de piedra de San Angel, pueblo entonces de ferias y paseos dominicales unido a la ciudad de México por "el ferrocarril del Valle" (Chimalistac hoy: callejuelas sitiadas con todo y sus borrosos nombres: Santa, Hipo). El Pedregal ha dejado de ser un inexplorado delirio geológico, surtidor de leyendas, cobijo de parejas ilícitas, reino disputado por tigres y gatos monteses. Otra muy diversa es la fisonomía de la

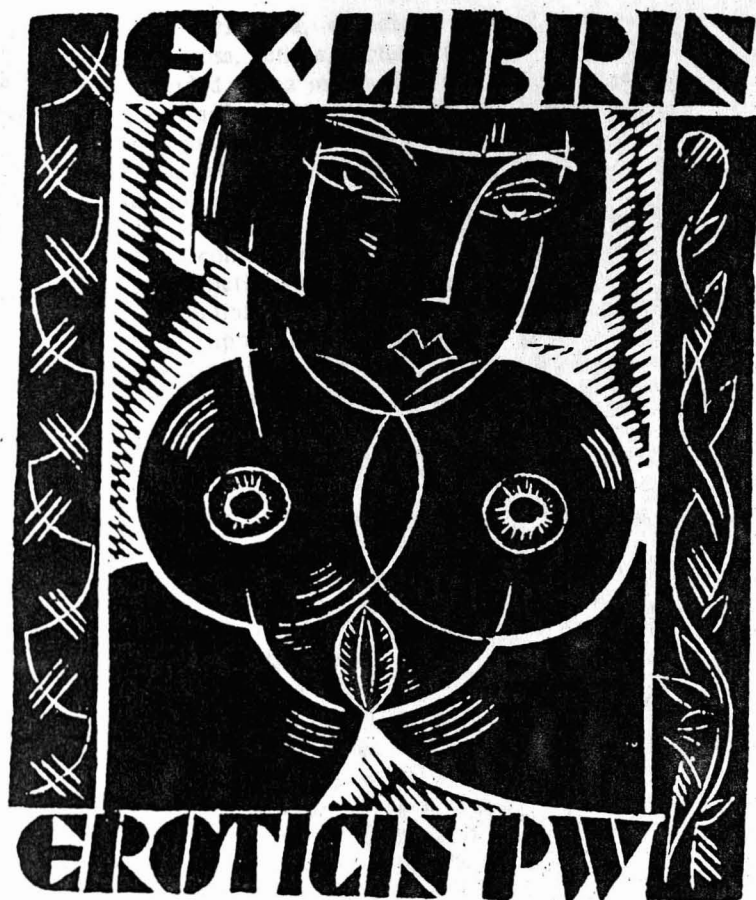
plaza que albergó, durante el día, una escuela elemental, una tintorería francesa, dos cobrerías italianas, un taller de escultura funeraria, la carnicería *La Giralda* (símbolo explícito) y la pulquería *La Vuelta de Los Reyes Magos* ("acreditado expendio del famoso Santa Clara y del sin rival San Antonio Ametusco"). Mientras que, por las noches, una iluminación sofrenada por cristales y pesados cortinajes: la espesa luz del salón y los cuartos del lupanar regenteado por Elvira alias *La Gachupina* (desconozco dónde diablos paró el piano en el que Hipólito compuso, para Santa, las danzas *Si te mirara*, *Te esperaba* y *Bienvenida*; esta última verdadero himno de la entera grey disoluta de la capital, "apasionada y bellísima, a pesar de su médula canallesca" (por eso mismo). Tampoco está averiguado el paradero de la cama de la hetaira campesina: mullidos colchones, bronce, "y más dorados en columnas y barandales que la capilla de su pueblo"). Por Ayuntamiento, Plateros, San Felipe Neri, ya no circulan a horas o deshoras carruajes ecuestres: Ni más allá del Chapitel de Monserrate, de San Jerónimo, putas reventadas gimen bajo buhoneros y forajidos (último círculo del infierno donde Santa fue rebautizada con el nombre, harto caprichoso, de Loreto). Tampoco perdura, en la plazuela de Regina *El Sesteo de las Fatigas*, figón "que se cerraba a media noche corrida y en el que se guarecía y embriagaba un conjunto multicolor y multiforme de gente de pelea sin oficio ni beneficio, por lo menos durante seis horas, de las Oraciones a las doce, cuando al fonducho ardíanse los intestinos". ¿Fonda de las Ratas? ¿Y el Hotel Numancia? La devastación de la ciudad es la de la memoria. Memoria tendenciosa y sentimental. ¿Quién recuerda a los rivales que le pusieron casa: Rubio, ¿Jarameño? (habrán muerto así: el gentilhomme en una riña de burdel, hechizado por unas caderas que le recordaron las de Santa; el hombre de coleta, en su natal Andalucía, hosco y retirado). ¿Y a los rotos, gomosos, lagartijos, petímetros, troneras viejos y jóvenes, perfumados, plumíferos de pro, librepensadores, "científicos", ministros y filántropos que probaron de Santa, en su momento de esplendor, la "vedada poma"? (habrán caído segados por la Revolución, mudado de país o de chaqueta; a lo sumo festinado parte del avilacamachismo). ¿Y a *La Gaditana*, aficionada a Santa "por efecto no de una perversión, sino de una perversidad sexual, luengos años cultivada"? (fatalmente habrá engañado al empleado de aduanas que la emancipa del burdel, llevándosela a vivir "al quinto infierno, Nogales o Tapachula"). ¿Y a Elvira y La Pepa? ¿Y a Esteban y Fabián, los hermanos implacables? ¿Y a Nicasia, Anselmo Abascal, el Ing. Ripoll y demás galdoseanos de *La Guipuzcoana*, *Gran Casa de Huéspedes Española*? ¿Y a Jenaro, lazarillo por la fuerza picaresco? ¿Y al "conturbado adolescente" que rescata a Santa del fondo de una borrachera infer-

Fernando Curiel. (México, 1947). Ha publicado una novela (*La aproximación*) y un libro de ensayos (*¡Que viva Londres!*). Actualmente tiene a su cargo la subdirección de Difusión Cultural de la UNAM.



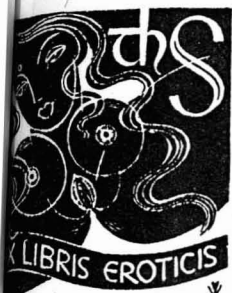
nal, digna de Malcom Lowry, para conjuntar, en un hotel de mala muerte de la calle de Ortega, la realidad y el deseo? ¿Y a la Tosca, proxeneta sin alma? se habrán contado, no pocos de ellos, entre los civiles ametrallados durante la Decena Trágica). En fin: únicamente los nietos de los socios del Sport Club evocarán, perezosos, la hazaña de sus abuelos. Cómo, cierta noche porfiriana, llevaron a Santa a un privadito de la *Maison Dorée*. Para desnudarla palmo a palmo: el vestido, el corsé, la camisa, las negras medias de seda. Para bañarla con champagne. Para lamerla. Para transformarla en una "Friné de trigueño y contemporáneo cuño" (dice: "cuño") que gasta diamantes de "magníficas aguas", viste raso de seda, fuma cigarrillos egipcios, levántase tardísimo y báñase con esponja. En resumidas cuentas digo: de un territorio y de un cuantioso elenco únicamente sobreviven angélicos, Santa e Hipo. Más él que ella. La versión cinematográfica del director Fernando de Fuentes se intitula *Hipo, el de Santa*. Ninguna Santa fílmica se recuerda tanto como el Hipo de Carlos Orellana (1931). Quedan las palabras del Pianista de la Guarda: *Con que la quiera a usted un hombre, uno nada más, pero hondo, hasta los huesos, hasta después de la muerte, un hombre que no le eche a usted en cara lo que es usted, y por usted viva; un hombre que la adore y que la abraza y la defiende y la sostenga (...) que la ponga por encima de las estrellas y se la incruste en el alma, le vele el sueño (...) (...) ¡Santita, arrímese usted, que no nos oigan... Santita, ese hombre soy yo!... yo que valgo menos que un gusano, que/ es suficiente. Queda su retrato: ciego astroso, feísimo, picado de viruelas, la "barba sin afeitar, lacio el bigote gris y poblado, la frente ancha, grueso el cuello y la quijada fuerte", mirando sin ver con espantosos ojos "blanquicosos, de estatua de bronce sin pátina". Queda el paraje venéreo donde ella finalmente recalca. Por muebles, unos camastros agraviados, de colores sombríos y huérfanos de lana en colchones y almohadas; alguna silla de tule, desfundada y coja, y en la pared suspendida a guisa de icono apropiado al culto salvaje que ahí se practicaba, una invariable bandeja de peltre con abolladuras y costras que ningún ácido sería capaz de extirpar, coronada con una toalla nauseabunda cuyas/ es suficiente. Queda la estampita religiosa: la pútrida, la alcohólica, la infame, se prosterna a las plantas del ciego, en uno de cuyos hombros se posa un palomo; escena iluminada sobrenaturalmente por la "débil flama de la vela". Queda la congelada imagen de la fidelidad eterna: frente a una lápida en la que podemos leer la sola inscripción SANTA, Hipo, los brazos en cruz, musita Santa María, Madre de Dios/ etcétera. Gamboa y la piedad pública cubre el sexo de Hipólito: ola que no se despeña, pasión enhiesta. Se omiten frases y escenas. ¡Yo' Santita, sea usted comprensiva, que si más aguardo, no me tocará nada! : brama un día el*

músico y cabrió antes de lanzarse sobre ella, brutal, ciego y sordo al terror de Santa, no más ídolo idolatrado sino nalgas, pezones, turgencias, piernas que finalmente logra separar "con crueldades de gorila" cuando la llegada de Jenaro; el lazarillo, frustra la violación. Otra vez, Hipo "contempla" alucinado la desnudez de Santa a través de los ruidos que producen, al ser colocadas, las ropas íntimas. Omítase que lo que Hipo reclama a la muerte no es el alma sino el cuerpo de Santa. Había esperado a que todos, poderosos y débiles, lo palparan, sobaran, mordieran, olieran, ultrajaran y envilecieran. Aguardó a que perdiera su picor y se agusanara. Entonces lo levantó de la basura. Entonces llegó la muerte. No: *no probaría nunca a Santa*. La muerte es un enemigo invisible: *no cabía lucha, él luchó, contra todo lo que se había opuesto a la posesión, había luchado pacientemente. Nada lo arredró, mientras que lo que se le opuso tuvo sus lados vulnerables y flacos. ¿Que la muchacha inauguró con éxito excepcional su vida libertina, y la ungieron reina, y a sus pies quemaron los penetrantes inciensos de la lujuria y la alabanza? ¡Mejor! El contemplaba el triunfo desde lejos, confiado en que se desvanecería y las horas negras tenían que venir. ¿Que él era un monstruo de fealdad y Santa un portento de belleza y tentación, cuyo gusto/ es suficiente. De nada le sirvió ganar con cálculo de "fauno en continuo celo" la confianza de Santa, intrigando en su provecho desde el piano, separándola de Rubio, entregándola a Rubio antes que al Jarameño, prefiriendo a la Gaditana antes que a cualquiera de los dos rivales, gozando cada tropiezo de la daifa. ¿Santo? No. Ave de rapiña. Coprófago. Mártir cristiano por obra y audacia de Gamboa. Y así como se blanquea la turbia y agazapada lujuria de Hipo, el Manifiesto Naturalista pretende apagar la entrecortada respiración secreta de la novela. Recuento someramente las causas naturales y sociales que empujan a Santita, "mariposa de campo", a la mala vida. 1. *La virginidad asesinada*. Marcelino Beltrán, su uniforme de alferez, sus poses de galancete aprendidas a salto de cuartel, deslumbran a la zagala de diecisiete años: - ¡Permita Dios que mi corazón se vuelva de arena, para que usted lo pise! . ¿Corazón? ¡Quí! Ciénaga, mendaz cursilería, lápida. Desflórala al amparo de las soledades del Pedregal. Niégase a cicatrizar, cumpliendo su palabra, "la infame e incurable herida". Desamada, embarazada, Santita se enteró del cambio de guarnición de Marcelino Beltrán cuando éste, al frente de un piquete de Dragones, es una mancha de polvo en el horizonte, allá por el Puente del Altillito. Vista la traición del amado, del primero en rendir el alcázar de su doncellez, Santa se abre a todos que es decir a nadie más. 2. *La honra familiar*. Abortado por accidentado el fruto del amor incumplido, descubierta la fechoría, Agustina, Esteban y Fabián, en vez de perdonar y reconfortarla, administran una justicia*



terrible. No es el himen de la reina de la casa, "gala del pueblo", "ambición de mozos y envidia de mozas", lo que yace marchito y ultrajado. No. Trátase de la honra familiar, de la memoria del padre muerto, de las canas de la madre, de los puñados de lodo arrojados al rostro de los hermanos. Engrandecida y sacra, Agustina dicta sentencia: — ¡Vete, Santa! (...) ¡vete!... que no puedo más... ¿Alcanzó a ver, pese al velo de lágrimas, dos espadas flamígeras, una empuñada por Esteban, la otra por Fabián? Santa se prostituye por culpa de la bíblica intolerancia familiar. El repudio conduce los sus pasos de Chimalistac a *chez Elvira*. Esteban y Fabián son las dos figuras enlutadas que, años delante, aparecen en el *Tivoli Central* escenario del triunfo galante de Santa, para comunicarle, "rectos, vengadores, solemnes", junto con la noticia de la muerte de la madre, la inapelabilidad del castigo. 3. *La rusticidad del personaje*. Gamboa: *La historia vulgar de las muchachas pobres que nacen en el campo y en el campo se crían al aire libre, entre brisas y flores; ignorantes, castas y fuertes; al cuidado de la tierra, nuestra eterna madre cariñosa; con amistades aladas, de pájaros libres de verdad, y con ilusiones tan puras, dentro de los duros pechos de zagalas, como a las violetas que/ es suficiente*. Trinos,

aromas de azahares, campanas en la tarde, cuajados firmamentos, suave analfabetismo, "agua de cristal para la vista y de hielo para el gusto", casita blanca, zureo de palomas, diamantina miel, salvajes olores; esto y más, inerme territorio bucólico, hecho pedazos al primer contacto con la ciudad finisecular, secular, estupradora. 4. *El determinismo genético*. Está averiguado lo que el remordimiento y el asco afligen a la novísima pupila de *La Gachupina*. Mortificación prontamente acallada por el linajado ejército báquico. ¿Afean la cama y el alcohol, el burdel y las juergas en el *Tivoli Central* la belleza de Santa? Por el contrario. Ojeras y vicios hácenla aún más, y más, irresistible y tentadora. Renovada *post coitum*, insaciable, "coronada la cabeza de negras crenchas con sus sonrosados brazos mórbidos", a todos subyuga y sacia. Intocada. "Lo que sí perdía, y a grandísima prisa por desgracia, era el sentido moral en todas sus encantadoras manifestaciones; ni rastros quedaban de él y por lo pronto que se connaturalizó con su nuevo y degradante estado, *es de presumir que en la sangre llevaba gérmenes de muy vieja lascivia de algún tatarabuelo que en ella resucitaba con vicios y todo* (subrayado mío). Rápida fue su aclimatación, con lo que a las claras se prueba *que la chica no era nacida para lo honrado y derecho*, a menos que alguien la hubiese encaminado por ahí, acompañándola y levantándola, caso de que flaqueara" (ídem). Nacida para pecar. 5. *La sociedad de clases*. Ni el despecho amoroso. Ni la honra bárbara. Ni la inocencia cerril. Ni la coerción de la herencia. Más bien el porfirismo dependiente. ¿No son los gomosos del *Sport Club* quienes promueven a Santa, lanzándola al espejismo de la alta puterfa? ¿Acaso su única tentativa de fuga, a raíz de la muerte de la madre, no se ve obstaculizada por "una media docena de damas principalísimas", Cofradía que la expulsa escandalosamente de *Santa Clara*, templo al que "cudió en procura de fortaleza y consuelo? Paso a las evidencias de fondo. Si la decencia separa a Santa de sus hermanos, únelos en cambio la indecente explotación capitalista. Esteban y Fabián: "obreros de una fábrica de tejidos, la de Contreras"; "monstruo insaciable y cruel, devorador de obreros, desde pequeños por él atraídos y utilizados, y a quienes desecha, cuando no muertos, estropeados o ancianos, sin volver a recordarlos, como desecha los detritos industriales y las aguas sucias de sus calderas". Santa la daifa también es pieza del engranaje económico si bien adscrita al sector de servicios. Esteban y Fabián: producen hilados; ella es materia prima. Los tres pertenecen, además de a la empresa, al orden público. Santa de manera más fascista: *La policía era su dueño, su amo, su terror; a ella pertenecía, como todas las de su oficio, como/ es suficiente*. No voy a fatigar al lector con la demostración de cómo y por qué el bule, bulín, burdel, conventillo, lupanar, prostíbulo, es una industria sin chimeneas; instante de una temporalidad opresora.



Santa: mercancía, expediente policial, objeto de placer, cosa, fetiche, víctima, carne en venta, ficha de sanidad, tema menos de Lara (Agustín) que de Marx (Karl). Solas o en cortejo tales causas suscribirían el punto de vista impasible, documental, experimental, del narrador. Gamboa: el Zolá mexicano. La vista, prolijamente registrada en su Diario, que Don Federico hace al autor de *Naná*, es tanto turismo literario como devota peregrinación. ¿Se pliega Santa a la objetividad del canon naturalista? En escasa y prescindible medida. Abundé ya en la santificación de Hipo, tortura del texto y de su libido, obra pía de Gamboa. Deseo subrayar ahora las solemnes y generalizadas peroratas contra la lujuria, el baile y al alcohol ("el Enemigo de la especie, el que nos orilla a los precipicios y a las infamias" / y sigue una larga metáfora militarizada). Aspavientos morales de plano sospechosos. Junto a una familiaridad erudita del pecado *En tiempos de Don Porfirio*, furibundos ataques contra "la concupiscencia bestial de toda una metrópoli viciosa". ¿Dónde está la línea que separa el estudio natural y social del lenocinio de la educación sexual conservadora? ¿Qué exorciza don Federico Gamboa en *Santa*? Un "soberbio" cuerpo por él imaginado. Entre los pliegues del edificante estilo se vislumbra la trigueña piel de Santa. ¿Se vislumbra tan sólo? Seré justo. Gamboa dice más de lo que se supone. Ahí está la ansiosa germinación de la mozuela: *¿Por qué se le endurecían las carnes, sin perder su suavidad sedecia... ¿Por qué se habrán ensanchado sus caderas?... ¿Por qué sus senos, mucho más marcados que cuando niña, joh!, pero mucho más —y no hace tanto tiempo que lo era—, lucen ahora dos botones de rosa y tiemblan y le duelen al curioso palpar de la lectura, perdón, al curioso palpar de sus propios dedos? // en persona saca del pozo un cántaro de agua fresquísima, y con ella y un jabón se lava la cara, el cuello, los brazos y las manos; agua y jabón la acarician, resbalándole lentamente, acaban de alegrarla. Y su sangre joven corretea por sus venas, le tiñe las mejillas, se le acumula en los labios color granada, cual si quisiera, golosamente, darle los buenos días besándoselos mucho. Golosamente. Besándoselos mucho. Ahí está la primera menstruación, anunciada, verdad es, por presagios ominosos como el de aquella mata de claveles rojos a la que una helada rompe el tallo y desperdiga los pétalos cual lenta hemorragia. Ahí está el primer orgasmo de Santita, con todo y los dolores de la virginidad perdida: "en idólatrico renunciamiento femenino, se le dio toda, sin reservas, en soberano holocausto primitivo; vibró con él, con él se sumergió en ignorado océano de incomparable deleite, inmenso, único, que bien valía su sangre y su llanto y sus futuras desgracias, que sólo era de compararse a una muerte ideal y extraordinaria. Ignorado océano de incomparable deleite. Muerte ideal y extraordinaria. Ahí está el pasaje en el que a Santa se le*

impone su "traje de campaña", pasaje erotizado no por los hechos sino por Gamboa: *Una maniobra decente, vigilada y aplaudida por Elvira, que no apartaba la vista de su adquisición y que con mudos cabeceos afirmativos parecía probar las rápidas y fragmentarias desnudeces de Santa: un hombro, una ondulación del seno, un pedazo de muslo; todo mórbido color de rosa, apenas sombreado por finísima pelusa oscura. Cuando la bata se le deslizó y para recobrarla movióse violentamente, unas de sus axilas puso al descubierto, por un segundo, una mancha de vello negro, negro... Negro. Negro. Ahí está la descripción de Santa hecha por Jenaro, el lazarrillo, para más turbar al ciego. Ahí están las arrebatadas cópulas de Santa y el Jarameño, al calor de *La Guipúzcoana, Gran Casa de Huéspedes Española*. Convengo: instantes elusivos, circunspectos, censurados. El sexo femenino es: "anhelado puerto", "delicioso sitio único en que radica la suprema ventura terrenal y efímera". El coito: "sacrosanto y eterno dúo". El seno de Santa: "un par de palomas echadas y tratando con sus piquitos de agujerar el género del vestido de su dueña" (para salir volando). Una cita más: *"Si la navaja no se hubiese enterrado en las maderas de la cómoda... pues se habría enterrado en sus carnes, en las turgencias de su seno de seda y mármol donde los hombres libaban delirantes el deleite que manaba de sus peciolos sonrosados; o en otro punto cualquiera de sus formas triunfales, en cualquier curva, en cualquier hoyuelo de los mil y mil que constelaban su piel trigueña y mórbida, como escondrijo de amorillos, como lugares de descanso para los labios enloquecidos, que de recorrer los urentes desiertos de su cuerpo joven, besando y besando, sentenciados a siempre besar tanta belleza y tentación tanta, habían menester de reposos instantáneos, para seguir la dulce tarea de acabar de besarla íntegra, toda, toda".* Toda. Toda. Tanta belleza. Tentación tanta. Convengo, decía, en que incluso las "rápidas y fragmentarias desnudeces" son arropadas por una prosa púdica y declamatoria. Vestimenta que equivale a un palimpsesto, no a las medias negras cuya seda muerde los músculos de Santa. Es que Federico Gamboa procura y proscribe un discurso del cuerpo (el de Santa, sólo "leído" correctamente por Elvira, la proxeneta que lo descubre un buen día en San Ángel). Es que Federico Gamboa imagina una sexualidad ávida y avasallante que por razones de estado civil, posición y educación, castiga, envilece y pudre "cual pantano brasileño". Díaz Mirón tachó a Gamboa de pornográfico. Nada más peregrino, exagerado. Santa es apenas *Non Sancta*, mortificada y contrita estampa de burdel. Aunque eso sí: Manual de Sexología Porfiriana, Diario a su modo Púbico en una tradición literaria no precisamente impúdica. Y paradojas de la moral: ¿de quién si no de Santa vive luengos años don Federico Gamboa? La relación infamante que falta en la novela.*